

Debería decirle algo a Idoia, pero no soy capaz de encontrar las palabras. Los jefes de prensa tenemos listas de términos que podemos usar y listas de palabras prohibidas que jamás deberíamos tocar. De un tiempo a esta parte, y más esta mañana, siempre que trato de hablar con Idoia todas las palabras a mi alcance parecen salir de la lista prohibida. Así que no digo nada. Y ella se desespera.

—¡Madura de una vez!

Se aleja como si lo repitiera a cada paso que da. Me deja plantado con un café frío y el móvil ardiendo al borde del colapso por todos los mensajes y llamadas que recibo. Son las 7:39 de la mañana.

—Abre los ojos, ¿no ves esto? —me dice.

Veo a una treintañera con ojeras y legañas, pero ni rastro de lágrimas. Veo el vestíbulo de mi piso como si fuera la cabina presurizada de una nave espacial y, al otro lado de la puerta abierta, el espacio exterior, y luego todo el universo, y luego Idoia. También veo que la vecina abre la puerta y saca a su diminuto y diabólico *yorkshire*, que hoy pasa de puntillas, como su dueña. Sin duda han oído lo más sustancial de la bronca. Sé bien que no es el rellano y la vecina a lo que se refiere Idoia,

claro. Y no digo nada. Ella suspira, da media vuelta y sale del piso dando un portazo.

Tenía que haber imaginado que esto iba a ocurrir. Nadie se planta en la puerta de tu casa a estas horas si no es para soltar de una vez la idea que no le deja dormir, la bomba cuyo tic-tac le enloquece y debe dejar que estalle ya da igual a qué hora. ¡Bum! «Tenemos que dejarlo, tienes que madurar de una vez».

Desde la ventana la veo caminar por el paseo Colón en dirección hacia el puente de Santa Catalina. Se va con la pesada marcha de los buques que dejan el puerto: un movimiento lento que sin embargo avanza y a estas alturas ya es imparable. Podría correr, dejar el café, dejar el móvil y, antes de que cruce el puente, alcanzarla y disculparme. Podría retomar el tema con calma, comprender las razones de lo que dice y quizás dar pie a una reconciliación y hasta puede que a un beso, que es posible que un turista (forzosamente madrugador) inmortalizara con una foto como si fuéramos dos figurantes más en una postal de Donostia-San Sebastián. Pero eso, por desgracia, no funcionaría y, francamente, nunca he sabido cuándo es el momento adecuado para salir corriendo para besar a alguien, y menos con Idoia, que reaccionaría con una de sus miradas de rayos láser furiosos capaces de reducir a escombros la torre más alta del mundo. Así, la dejo marchar; el barco se va.

Además, no hay tiempo para pensar en estas cosas, el teléfono no deja de sonar. Soy el jefe de prensa de un partido político a menos de dos semanas de una campaña electoral. Básicamente, soy una de las cinco personas en este mundo que más llamadas recibe estos días; las otras cuatro son mis colegas responsables de prensa de los otros partidos, y quizás algún vidente o médium televisivo, el resto ya ha robotizado

el servicio. Sueño con un futuro en el que una máquina me arrebate el puesto. No es tan descabellado, los políticos ya son casi robots; sería una consecuencia lógica de nuestra democracia. Los jefes de prensa nos dedicamos básicamente a eso, a coger el teléfono y a contestar preguntas en un interrogatorio interminable. Montamos y desmontamos relatos, nos defendemos y contraatacamos con argumentos más o menos afortunados que tratan de resignificar palabras, ideas y lugares. Si lo hacemos bien puede que la gente vaya a votar por algo más que por costumbre. Somos los primos enclenques de los publicistas, vendemos estados de ánimo y deseos, pero a diferencia de aquellos —que son recompensados y cuidados por el sistema como príncipes y atraviesan la vida con un coche de lujo como un supositorio que da por el culo al resto del mundo—, nosotros somos una raza odiada destinada a conducir por carreteras sinuosas a deshoras con coches que el mundo parece haber cagado.

En fin, el trabajo es una planta más del mismo trasatlántico que esta mañana llevaba escrita en el casco y en letras gigantes la palabra MADURAR, un crucero al que nunca sabes si subes o bajas y desde el que te saludan con sonrisa maligna ancianas calvas y niños resabidos con bigote.

Cojo el teléfono. Cae una nueva bomba, y ya van dos: Hiroshima y Nagasaki, y yo con un pie en cada una. Y todavía no han dado las ocho de la mañana. La noticia me la anuncia Lucía, con voz preocupada que no deja de tener cierto aire a «te lo dije».

—Lara ha desaparecido.

Bajo el cielo azul y sobre el verde radiactivo del monte Urgull, el Sagrado Corazón parece seguir, hoy más compungido que nunca, el deambular desnortado de los simples mortales, y es inevitable preguntarse en qué momento la vida se convirtió en eso que se mueve a lo lejos, más allá de la terraza de la casa de Lara Rico.

—Quizás esté corriendo por ahí afuera, un poco de ejercicio matutino.

Pero ambos sabemos que es mentira. En esta ciudad la gente tiene una especie de enfermedad que los empuja a hacer deporte compulsivamente, pero no es el caso de Lara.

—Ha huido.

—Que no esté no significa que haya huido.

Lucía me mira con sus profundos ojos negros. Me dice algo, pero no le presto atención. Ha llegado el día que me temía pero que había preferido borrar de la cabeza. Hasta ahora, como mucho, había sido una broma recurrente: «No sé cómo todavía no ha huido con lo que se le viene encima»; «Yo en su pellejo cogería todo el dinero de la campaña y me iría a Brasil»; «Un día de estos, volviendo a casa de algún plató, cogerá la autopista y se irá lo más lejos posible, hasta Vladivostok».

Lucía me agarra fuerte de los hombros para encararme. Si estuviéramos en una película me zarandearía o me daría una bofetada.

—¿Qué vamos a hacer? Mi hermana no es el tipo de persona que desaparece sin avisar.

—No. ¿A qué hora habías quedado con ella?

—Habíamos quedado temprano, me dijo que iba a estar en casa.

Mierda.

En cuanto me suelta empiezo a dar vueltas por la casa como si fuera un juguete al que han dado cuerda. Lucía se pone nerviosa y vuelve a agarrarme de los hombros. La miro y mi mirada debe de parecer que viene desde muy lejos porque entorna los ojos y me escruta como si tuviera ante sí a un extraño. Sus ojos negros son como los de Lara; son como los de su padre, pienso. Ojos que durante generaciones rascaron el horizonte egipcio en busca de algo más que desierto. Los ojos de un continente maltratado y que ahora se mezclan en estos que han crecido contemplando un mundo con menos aristas, más amable, más redondo. Consigo tranquilizarme, me relajo y me libera poco a poco los hombros. A su lado, en una estantería, Lara me mira desde una foto como si no hubiera hecho nada malo.

Lara Rico es nuestra candidata en las próximas elecciones autonómicas. Licenciada en psicología, cursó un máster de investigación y luego otro más para especializarse en psicología pediátrica. Habla con soltura inglés, alemán, italiano, castellano y euskera. Apenas ha cumplido los treinta. Es la chica perfecta.

Hasta que terminó los estudios, la vida de Lara parecía estar escrita en un guion, cumplió con todo lo que se le pedía y se esperaba de ella, y lo hizo con creces. Sin embargo,

lejos de dedicarse a lo que estudió, Lara ha estado en el paro y ha sido profesora particular, camarera, correctora en una editorial y, por supuesto, becaria en prácticas más tiempo de lo reglamentado. Lara es, en definitiva, el desprendimiento de una generación compuesta por personas con una alta cualificación y cultura del esfuerzo que creyeron en lo que se les prometía y que ya con treinta años siguen en el mismo limbo socio-laboral que cuando terminaron los estudios, encadenando trabajos que en la mayoría de las ocasiones poco o nada tienen que ver ni con su formación ni con sus expectativas de futuro. Gente que se convierte en personas currículum, siempre a la espera de conseguir algo que no llega: obligada a más formaciones, a acudir a la siguiente entrevista, a trabajar en cualquier cosa para no dejar un hueco sospechoso en el perfil de LinkedIn. Son personas a la expectativa. La crisis emborronó el guion, tachó todas las líneas e hizo que la fachada del sistema se tambalease y dejara al descubierto el vacío: como casas de atrezo en un plató de cine, solo quedaba el esqueleto que sostenía una imagen de cartón piedra. El guion que les habían dado ya no era para ellos. Todo lo que les habían prometido si se esforzaban ya no tenía sentido.

Así, la estudiante modelo, la que lo tenía todo en sus manos pero nada en lo que aplicarlo, se reconoció en sus compañeros, en sus innumerables trabajos, y junto a alguno de ellos decidió dar el salto, poner en práctica lo que les habían enseñado y tomar lo que le habían prometido. De este modo, se puso a escribir las páginas de su propio guion y se metió en este polvoriento circo de tres pistas lleno de leones desdentados, payasos tristes y boñigas de elefantes jurásicos llamado política.

Y aquí estamos.

Lucía se parece a Lara. Apenas hay un año de diferencia entre las dos, son casi mellizas, a menudo las confunden. Una idea loca, y si...

—Reacciona.

Ahora sí, creo que han estado a punto de darme una bofetada.

—Lleva sin coger el teléfono y sin conectarse a Telegram desde hace más de doce horas.

—Son muchas horas.

—Demasiadas.

—Es imposible que lleve tanto tiempo sin conectarse sin que le haya pasado nada —insisto.

Lucía asiente.

—¿Hay algún signo de algo?

—¿De qué?

—De cualquier cosa, yo qué sé, de que haya dejado algo a medio hacer, o falte una maleta, o yo qué sé, una pista.

—Esto no es una película.

—No me estás ayudando.

—No, no hay nada fuera de lo normal. Está todo en su sitio. El ordenador, la ropa...

—¿El bolso?

—No hay bolso, ¿pero eso qué significa?

—Nada, yo qué sé.

—También se ha llevado el móvil y la cartera. Y supongo que algo de ropa y las botas Dr. Martens.

—¿Las de flores?

—Sí.

—¿Cómo sabes que faltan esas?

—Porque entre otras cosas me las iba a dejar prestadas, o se las iba a coger.

—Muy relevante todo.

Lucía suspira.

Se parecen, ese gesto también es propio de Lara, suspiros para no arrancarme la cabeza por subnormal. Miro la casa. Estamos en un bajo en el barrio de Aiete, en un lugar en el que nunca podrías comprarte una vivienda. Pero Lara se las ha ingeniado para vivir allí de alquiler. Se trata de un agujero húmedo de unos cincuenta metros cuadrados que han reformado para alquilarlo de forma descarada y sonrojante como *loft*, pero que tiene un secreto: da a una terraza/jardín de otros cuarenta metros cuadrados colindante con los terrenos de la duquesa de Alba. Solo tiene a su alrededor árboles y monte. Es un cuchitril palaciego, ofrece tranquilidad en pleno centro de la ciudad. Y eso es todo un lujo hoy, cuando San Sebastián se vende al mejor postor —generalmente ruso, si uno se fija en las matrículas de la media docena de jets privados que aterrizan semanalmente en el aeropuerto de Hondarribia— y expulsa a sus habitantes a los barrios y pueblos de la periferia. El «marco incomparable» está cada día más lejos para los donostiarras. En cierta forma, que se haya empeñado en vivir allí es también un gesto reivindicativo, una crítica a nuestra ciudad y a las demás ciudades turísticas que se venden con atardeceres llenos de fuegos artificiales mientras otros nos pudrimos en barrios con pisos-armarios que ni siquiera nos podemos permitir pagar. No es más que un intento de descolgar el maldito «marco incomparable» y mirar la huella de mugre que deja.

Lucía vuelve a la carga.

—¿Qué vamos a hacer? No es normal que haya desaparecido así.

—Tampoco nos volvamos unos memos, parece que si te quedas sin batería en el móvil se acaba el mundo. Lo más normal es que acabe apareciendo. Hoy en día nadie puede



desaparecer sin más y que no salten todas las alarmas, y menos si eres la candidata a unas elecciones que se celebran en apenas dos semanas.

—Es muy raro. ¿Y si no aparece qué hacemos?

—Encontrarla, Lucía, qué vamos a hacer si no.

Lucía templea un poco los nervios tras mi respuesta, como si fuera lo que esperaba de mí para no sentirse sola ante el problema que supondría una hermana y candidata desaparecida.

—¿Hay que llamar a la policía?

—¿Qué hora es?

Saco el móvil y compruebo la hora, todavía no han dado las 9:00.

—De momento creo que no. Tengo un acto en Muskiz y tengo que coger ya el coche si quiero llegar. Hagamos una cosa. Quédate aquí, lo más probable es que acabe apareciendo. No sé qué demonios hace, pero no se suele meter en líos. E insiste, ve llamándola, en algún momento cargará el móvil y contestará. Yo también la llamaré de vez en cuando.

—Okey.

—Luego tengo una reunión en Bilbao. Mientras esperas mira a ver si puedes entrar en su ordenador y conseguir algo de información que nos dé una pista.

—Pero...

—Pero, nada. Ponte a ello, si al final acaba apareciendo pues nada, pero quién sabe si estamos perdiendo el tiempo.

Lucía asiente. Tiene veintiséis años y es la encargada de llevar las redes sociales del partido político Aurrera. Morena y menuda, está perdiendo la vista y sus ojos, tras unas gafas con los cristales cada vez más gruesos, se van achicando. Como los presos que después de años sin horizonte se quedan ciegos, Lucía es el ejemplo perfecto de una nueva generación cuyo

mundo acaba y empieza en una de sus múltiples pantallas, ya sea del móvil, portátil, tableta o televisión. Es el prototipo de un nuevo ser cuyo horizonte se expande de forma digital: dos dimensiones que simulan una tercera, una profundidad virtual que alcanza simas inimaginables y conecta antípodas al instante, pero que empieza a ser contraproducente para los tabiques y puentes nasales de las personas. Ha cambiado de gafas tres veces en los últimos dos años. Tiene la miopía de un topo y el astigmatismo de un murciélago borracho. Y lo malo es que ahora, si la dejan sin móvil, pierde la última herramienta que le queda para ver algo en este mundo. Cada uno cae en sus propias cárceles.